

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

Universidad Internacional

Menéndez Pelayo

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA
DEL GOBIERNO DE CANTABRIA
AÑO JUBILAR LEBANIEGO
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN
FACULTAD DE LA MAGISTERIA
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
41013 Santander, España

Al cuidado de

MARGARITA BRIBAS Y SILVIA BRISO
con la colaboración de Laura Rodríguez

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

Tratamiento de textos

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellá, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

QUINCE AÑOS DESPUÉS

QUINCE años se cumplen ahora del día en que una pandilla de jóvenes investigadores se lió la manta a la cabeza y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, convocó en Santiago de Galicia el congreso que está en las raíces de la ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL. Eran, digo, investigadores jóvenes, pero a nadie se le oculta que en ellos se delectaba ya el abecé del nuevo medievalismo español: Alvar, don Carlos; Beltrán, don Vicente, y Cátedra, don Pedro Manuel (pero podría y debería seguir desgranando el alfabeto). Como los tres me conocían de sobras, porque habían pasado por mis clases o contado conmigo para la tesis doctoral, pensaron que yo mismo podía ser un adecuado presidente-marioneta, vale decir, lo bastante cercano para dar por buena cualquier iniciativa suya y lo bastante remoto para no molestarlos con ninguna mía. La precisión me importa a título menos documental que moral, para dejar bien claro desde el principio que a mí no me corresponde absolutamente ningún mérito ni en el nacimiento ni en la trayectoria de nuestra sociedad.

Quince años después, cuando aquellos investigadores han ido resueltamente a más en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres, quizá ha llegado la hora de proclamar en voz bien alta cuánto les debemos todos, no ya por tantas otras aportaciones singulares, como particularmente por la colectiva que nos congrega cada dos otoños, y en este que despide las cifras del milenio nos ha traído a la Península de la Magdalena: por esa criatura suya que se llama ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL.

Dejadme esbozar brevisísimamente cuál ha sido y continúa siendo el significado y el valor de nuestra agrupación. Puedo resumirlo en cuatro palabras apuntando que la ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL se ha propuesto y en una medida no chica ha logrado afirmar y a la vez negar los rasgos distintivos de una entidad de su especie. Dicho así, me doy cuenta de que suena no ya paradójico, sino nebuloso. Pero si me permitís ilustrarlo en unos minutos, quizá me concederéis que se trata de una formulación aceptablemente justa. En cualquier caso, para no perderme en rodeos, procederé a la manera medieval, en forma de rápidas glosas a las *sententiae* de un experto en sociología de la cultura, Antonio Niño, en un hermoso libro sobre la primera época del hispanismo en Francia.

Explica, pues, Antonio Niño que la existencia de una especialidad «depende de su base institucional. El origen de todas las disciplinas de categoría universitaria está

vinculado a la formación de círculos agrupados en torno a unas redes de correspondencia, academias, revistas, etc. No es la disciplina la que crea la corporación, sino la corporación la que crea la disciplina». En ese sentido va precisamente el primer dato característico de la ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL. Desde luego, hacia 1980 y pico, en España perduraba la escuela de don Ramón, trabajaban los allegados a Díaz y Díaz o a Riquer, el arabismo seguía boyante; fuera de España, tampoco faltaban ni los francotiradores ni núcleos tan conspicuos como el suizo, el británico, el luso-brasileiro o el norteamericano de Wisconsin. Pero hasta que los jóvenes maestros del mencionado abecé no pusieron los cimientos de nuestra cofradía no puede decirse que existiera en la Península un ‘medievalismo’ de dimensiones suficientemente vastas como tal medievalismo, porque se carecía de la «base institucional» que los sociólogos de la cultura reconocen como constitutiva y definitoria de una disciplina.

Nunca se subrayará bastante el acierto de nuestros padres fundadores (entre quienes, lo remacharé aún, no figuro yo) al bautizarnos ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL, y no de *literatura hispánica medieval*. El objetivo era un medievalismo pleno, que, incluso cuando atendiera monográficamente a una concreta parcela geográfica o lingüística, solo se concebía como suma y articulación de miradas sobre el conjunto de las letras medievales. No en balde para nuestro primer congreso, descartando deliberadamente otros ámbitos más familiares y trillados en España, se prefijaron como temas centrales la producción gallego-portuguesa, latina y en general románica; y no en balde entre los invitados de honor en Compostela se contaron hombres tan alejados del ‘hispanismo’ convencional como Giuseppe Billa-novich, Peter Dronke y Jean Subrenat. Esa visión amplia del medievalismo es la que entre nosotros solo se daba en casos individuales y la que el surgimiento de nuestra sociedad elevó por primera vez a un rango institucional.

Naturalmente, el reverso negativo de una institucionalización, según señala Antonio Niño, son el encastillamiento y la autarquía: el abuso de «un lenguaje propio y unas normas particulares de comportamiento», la elección como destinatario «no del público general sino de los ‘iguales’», una producción reservada exclusivamente «a su consumo dentro del propio grupo...». Pero, de suyo, la anchura de miras y la pluralidad de campos que están en el diseño original de la ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL constituyen un firme correctivo frente a esa querencia malsana: la mera armazón de nuestros congresos, con la posibilidad de pasar una mañana o una tarde sin oír dos ponencias sobre un mismo dominio lingüístico o literario, es ya una invitación a tomar en cuenta que la mejor perspectiva es siempre la que se abre a mayores horizontes.

Una disciplina, oíamos asimismo a Antonio Niño, no llega a existir sin «unas redes de correspondencia, academias, revistas». La ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL se ha esforzado por favorecer esos vehículos de comunicación. Así, gracias a Vicente Beltrán y a sus tenaces colaboradores, nuestro *Boletín bibliográfico*, impreso

tomo a tomo o en hechura informática y recapitulativa, con sus secciones catalana, castellana y galaico-portuguesa, y ahora con el suplemento de sus Cuadernos, no tiene nada que envidiar a ninguna de las publicaciones similares dedicadas a otras literaturas.

No siempre nos ha acompañado la misma fortuna: la idea de establecer un foro propio en Internet, pese al buen trabajo de José M. Díaz de Bustamante y Gemma Avenoz, parece haberse saldado con un fracaso. Soy libre de confesarlo con toda tranquilidad, porque aquí sí había tomado yo mismo una sostenida responsabilidad; pero también me atrevo a decir que el fracaso puede en parte justificarse por el miedo a caer en la vulgaridad y el ínfimo nivel que aquejan a algunos proyectos afines, y que tal vez en un futuro cercano quepa remediarlo, sugiero, con la inauguración de una página *web* sometida al exigente control de un comité *ad hoc* y con un contenido sustancialmente informativo, por el estilo de las que animan Pedro M. Cátedra y otros socios nuestros.

Comoquiera que sea, la actividad primordial de la ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL han sido los congresos como el presente. No ha dejado de tener eco, notablemente al norte y al sur del Miño, la sugerencia que se hizo en Alcalá de promover reuniones y jornadas de estudio de carácter regional, que en más de una ocasión han contado con el modesto apoyo económico que autorizaba nuestra tesorería. Pero, repito, la actividad primordial han sido estos congresos otoñales, cuya periodicidad bienal me parece a todas luces la más justa y oportuna, pues solo con intervalos de dos años es factible acometer un empeño de tales dimensiones sin agotar los recursos humanos, las fuentes de financiación y los bolsillos de los más mozos, y dos años son asimismo el período que mejor asegura la proximidad de los contactos y la renovación al tiempo que la continuidad de los participantes.

Porque claro está que la virtud esencial de nuestros congresos reside en haberse vuelto el lugar de encuentro privilegiado de los más variopintos saberes y sabedores de literatura medieval. Pocas asociaciones nos ganarán en enfocar en sus reuniones un terreno más limpiamente acotado y a la par asediado desde más puntos de vista, hasta el extremo de que podría acusársenos de dispersión, si no fuera porque esa diversidad y esa multiplicidad constituyen ni más ni menos que nuestra última razón de ser.

Pocas asociaciones, por otro lado, se han concebido desde su origen como un espacio abierto tan prioritariamente a los jóvenes. Digámoslo con la rotundidad necesaria: si desde su primerísima hora la ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL ha tenido una vocación, ella ha sido atraer al medievalismo a las nuevas generaciones y proporcionarles una palestra en que darse a conocer, ampliar sus horizontes, enriquecerse en la relación con estudiosos tanto de su misma quinta como de más dilatada experiencia. No es, diría yo, frecuente encontrarse con que investigadores insignes como Alan Deyermond, Gerold Hilty, Germán Orduna, Stephen Reckert, Cesare Segre o Dorothy Severin (por dar las gracias a solo media docena de quienes este año están en el caso) comparten mesa, para presentar no una solemne sesión plenaria,

sino los veinte minutos de una ponencia, con jóvenes que quizá nunca antes han tomado la palabra en público. Si, caminando por esa senda, en alguna ocasión hemos pecado de manga ancha, pienso que bien valía la pena, y como prueba no quiero alegar sino los abundantísimos nombres de ejecutoria ya brillante cuya primera publicación se halla precisamente en las actas de nuestros congresos.

Un último aspecto, todavía al arrimo de Antonio Niño, realizaré en el logro de la ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL al afirmar y a la vez negar los rasgos que los sociólogos de la cultura identifican en toda disciplina y comunidad de expertos. Porque, bien lo sabemos, una corporación difícilmente se da sin corporativismo, vale decir, sin configurarse como «una escala de poder» para «mantener las clientelas y establecer una verdadera circulación de servicios prestados». En verdad, nuestra sociedad se ha librado, casi diré que por milagro, de esa tacha. De ella la han protegido, cierto, su naturaleza y estructura, encaminadas a no asegurar sino un mínimo hilo conductor de congreso a congreso, para por lo demás dejar las manos libres a las correspondientes comisiones organizadoras. Pero cierto también que entre nosotros ni por asomo han intentado reproducirse las pobres baronías que inevitablemente soportamos, y acaso no combatimos, en el mundo académico. ¿Hemos confundido alguna vez la amistad con el mérito, la convicción con la arbitrariedad? Es verosímil, porque es humano. Pero estoy convencido de que ninguna flaqueza en ese orden de cosas se ha traducido nunca en mercadeo ni en toma y daca. Por el contrario, las puertas abiertas a todos, el estrado compartido a idéntico título por aprendices y veteranos, por favorecidos y desfavorecidos en la vida universitaria, han funcionado a menudo «como mecanismo compensatorio» (A. Niño), si no en un sentido suficiente, sí en el más noble.

La ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL cumple ahora quince años, el lapso de una generación, *grandi aevi mortalis spatium*. Tiendo a creer que el balance es positivo, pero sin duda ha llegado el momento de dar nuevos pasos hacia adelante. Para no entorpecerlos con ningún peso muerto, los miembros de la actual Junta Directiva renunciamos unánime y expresamente a la posibilidad de reelección. No debo hablar por los otros. De mí, en cambio, sí quiero decir que entre las grandes fortunas de mi vida, y tanto más cuanto que ni la merecía ni he hecho por merecerla, se contará siempre haber sido, y por demasiados años, el primer presidente de la ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL.

FRANCISCO RICO

Este artículo tan particularmente dedicado a la Asociación Hispánica de Literatura Medieval ha sido su primer número. Ella ha sido una de las vocaciones de mi vida, y he querido en esta ocasión, en un momento de mi vida, dedicar un artículo a esta asociación. He querido encontrar con que investigadores, como Alan Deyermond, Gerold Hilty, Germain Goulet, Stephen R. Burnett, como Dorothy Geyer (por dar las gracias a solo media docena de quienes este año están en el caso) comparto una sesión plenaria.